

La Complejidad de la Comunicación Política: Actores y Escenarios

ANGÉLICA MENDIETA RAMÍREZ
JORGE LUIS CASTILLO DURÁN
FRANCISCO J. RODRÍGUEZ ESCOBEDO
COORDINADORES

Actores Políticos

EXPECTATIVAS

Conversación ciudadana

Bilateral

Comunicación

Medios de

Marco legal

TELECOMUNICACIONES

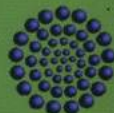
ACTORES POLÍTICOS

Prólogo

Jorge David Cortés Moreno



Montiel & Soriano
EDITORES



CONACYT

III

COMUNICACIÓN, ELECCIÓN RACIONAL Y SISTEMA

Carlos Adolfo Gutiérrez Vidal (Universidad del Claustro de Sor Juana)

1. Introducción

El presente trabajo pretende establecer algunas consideraciones para la discusión en torno al entrecruzamiento entre la teoría general de los sistemas y la teoría de la elección racional en los procesos de comunicación política. Partiendo de la dicotomía entre la institucionalidad y las nuevas formas de gobernanza, se plantea que la comunicación, tanto como campo de estudio como conjunto de estrategias aplicadas, puede contribuir a solventar las diferencias entre dos explicaciones de lo social y contribuir al desarrollo de políticas públicas más sólidas. Para tal efecto, se propone un modelo comunicativo que permita establecer un marco referencial a partir de la función de la información como recurso para la toma de decisiones en contextos complejos.

2. La relación: comunicación, elección racional y sistema

En muchos sentidos podríamos afirmar que la dicotomía entre comunicación e información ha quedado atrás. En nuestros días permea, antes que otra cosa, una fuerte socialización de la información tanto a nivel individual como sistémico. Aquello que solíamos referir como mero intercambio, posible o no, ha dado paso a una intrincada serie de distribuciones, de cambios en cuanto a posiciones relativas, que han propiciado la complejización de lo organizacional. Comunicar desde y para las organizaciones se ha convertido en una suerte de prerrequisito para el uso de recursos de distinta índole. Trátese de un sustrato material o intangible, la comunicación posibilita la elección racional de dichos recursos; de modo que los distintos subsistemas persistan en el espacio social de una manera más o menos ordenada.

El sentido de pertenencia a un sistema concreto poco a poco ha dado paso a una noción de pertenencia a entornos multisistémicos; en parte porque los procesos de desarrollo global han generado las condiciones para ello, pero también porque, desde el punto de vista del lenguaje, es decir, de los discursos, ha comenzado a construirse un marco multirreferencial que nos ha hecho copartícipes de la complejidad de diversos entornos informativos.

Pensar la gobernanza desde la comunicación implica entonces el análisis de los distintos niveles a través de los cuales se posibilita el intercambio de recursos, y en una sociedad del conocimiento dichos recursos pertenecen cada vez más a la esfera de lo intangible. Los procesos de identificación con las

organizaciones se han vuelto, hasta cierto punto difusos, y ello necesariamente implica la construcción de un nuevo marco conceptual que nos permita profundizar en el entendimiento de nuevas nociones sobre *lo otro, lo propio, lo correcto, lo deseable o lo fortuito*. De acuerdo con Jessica T. Mathews:

"After three and a half centuries, it requires a mental leap to think of world politics in any terms other than occasionally cooperating but generally competing states, each defined by its territory and representing all the people therein. Nor is it easy to imagine political entities that could compete with the emotional attachment of a shared landscape, national history, language, flag, and currency. [...] The question now is whether there are new geographic or functional entities that might grow up alongside the state, taking over some of its powers and emotional resonance" (Mathews, 2004: 210).

En este sentido, uno de los principales retos de la comunicación en pleno proceso de globalización, y esto está revestido de una particular importancia en los países de nuestra región, tiene que ver precisamente con la capacidad de adaptación de los sistemas de información a los modelos de interacción supuestos por un entorno político que opera, de manera simultánea, a distintos niveles. Dicha gobernanza multinivel requiere, para su comprensión, el establecimiento de analogías entre diversos ámbitos de lo comunicativo. De modo que, en entornos como el nuestro, la gobernanza supone distintos niveles de interacción, dependiendo

de la escala que se considere, en campos tan específicos como el entorno, la historia, el lenguaje, y otros recursos simbólicos y materiales necesarios para todos los procesos de intercambio. Podríamos incluso hablar de la posibilidad de pensar la comunicación para distintos niveles de organización, cada uno con su propio contexto simbólico, su propia territorialidad y racionalidad.

Si hay algo que nos queda claro luego de tres siglos, es que la realidad no puede pensarse desde la unilateralidad; no hay soluciones concretas capaces de operar a todos los niveles, y la utopía del cosmopolitismo resulta cada vez más lejana. En este sentido, el espacio de diferencias propuesto por Bourdieu (1997: 17) resulta una estrategia de organización más acorde con los tiempos que vivimos. Considerar que tanto los modelos del pasado como las estructuras emergentes de la globalización pueden gobernarse desde una dimensión única, desde un espacio compartido por decreto, constituye de manera definitiva, un error epistemológico severo. Según James N. Rosenau:

"We live in a messy world. There are far too many people who survive on or below the poverty line. There are far too many societies paralyzed by division. There is too much violence within and between countries. Terrorists are too successful. In many places there is too little water and too many overly populated, pollution-ridden cities. And, most conspicuously, there is all too little effective governance capable of ameliorating, if not resolving, these and numerous other problems that crowd high on the global

agenda” (Rosenau: 2004: 223).

Desde esta perspectiva, un asunto crucial para entender de qué manera la comunicación puede contribuir a la gobernanza de las organizaciones en los contextos globales tiene que ver con un asunto de dimensionalidad y de espacialidad. En estricto sentido, habría que considerar que la mejor política es aquella basada en una toma de decisiones adecuada a su contexto, y que el papel de la comunicación debería llevarse más allá del discurso o los estudios de opinión hasta alcanzar el ámbito en el que los recursos disponibles para la decisión adquieren significados precisos.

En este sentido, sería necesario plantear estrategias comunicativas en función de formulaciones que atiendan la dimensión de los procesos de comunicación política, así como su distribución y alcance geográfico, a fin de establecer proposiciones, en un sentido normativo, sobre las decisiones óptimas que impliquen el uso concreto de recursos materiales (asignación presupuestal) y simbólicos (capital político). En palabras de Roar Hagen:

“According to Luhmann, modern society is functionally differentiated. Its differentia specified in comparison to earlier societies is that there is no central entity coordinating and hierarchizing its subsystems, such as the economy, politics, religion, etc. In some senses this is an intuitively convincing statement. On closer examination, however, it turns out that Luhmann’s analysis is self-contradictory, as he defines the nature of subsystems on the basis of their function in

the totality of society. It also turns out that at least in some places he assumes that the economic subsystem serves as the integrating medium of society. However, any critique that tries to remedy these weaknesses by 'bringing men back' into systems theory raises anew the two problems of complexity and collective action" (Hagen, 2000: 28).

De acuerdo a este planteamiento, ¿cómo determinar los ámbitos de acción desde la comunicación a partir de una funcionalidad diferenciada en términos sistémicos? Hagen propone atender a esta contradicción hallada en Luhmann a partir de principios de complejidad y elección racional. Sin embargo, el determinismo implícito en la racionalidad supone un dilema similar al del enfoque sistémico cuando se le ve desde el punto de vista de las limitaciones de la teoría social contemporánea. A este respecto, Hagen responde con el concepto de *solidaridad racional*, en tanto supone un acercamiento más propicio a la diferencia explícita entre la interacción propia de los subsistemas y entre los sujetos en el seno de la vida social:

"For a sociology that holds that society consists of human beings and their actions, the social totality must acquire coordination through the individuals. But as society becomes more complex, the individual cannot foresee all the consequences of his actions, to himself, to others and to society" (Hagen, 2000: 34).

¿Cómo conciliar entonces algo que se concibe

como individual pero de alcances a través del ejercicio colectivo? ¿De qué manera determinar decisiones desde la racionalidad cuando los sistemas de significación se construyen a partir de lo social? El aporte desde la comunicación debe pensarse más allá de lo instrumental para ofrecer un marco de reflexión desde un enfoque disciplinar. No es posible abordar lo político, independientemente de las coyunturas, sin una revisión profunda sobre cómo construimos la estructura de significación de la cual se desprende tanto la elección como los discursos que le dan sentido a la interacción entre subsistemas y organizaciones. Desde esta perspectiva, un modelo posible podría describirse de la siguiente manera:

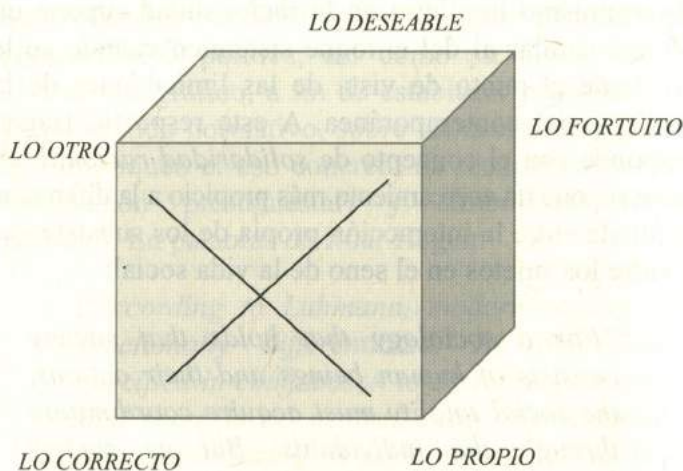


Figura 1.1. Significación y elección en la comunicación política.
(Fuente: elaboración propia)

¿Cómo definir *lo propio* en relación con *lo otro*? Pensar en entornos sociales multisistémicos supone

repensar los sentidos de pertenencia pero también la lógica tradicional de los modelos de utilidad esperada. El mismo determinismo que acompaña la aplicación de la teoría de la elección racional al trabajar con modelos económicos o con estrategias específicas suele desvanecerse, en ocasiones, cuando los sujetos realizan operaciones de valoración a partir de elementos que contradicen sus escalas de preferencia. En un estudio sobre las variables psicológicas que modifican la racionalidad de los tomadores de decisiones, Johannes Hewig (2011) explica lo siguiente:

"In the one-shot Ultimatum game, economic rationality of utility as derived from classical game theory (von Neumann & Morgenstern, 1953) predicts that the responder should accept all offers since receiving at least some money is always preferable to receiving no money. However, empirical evidence shows that humans often deviate from rational choice to varying degrees in such experiments (Camerer, 2003; Güth, Schmittberger, & Schwarze, 1982). While some participants act rationally and accept all offers, other participants reject offers that deviate even slightly from an equal distribution. The latter might be motivated by negative affective responses to unfairness" (Hewig, 2011: 507).

Entre lo que se considera propio y aquello que se nos presenta como ajeno, existe una valoración que va más allá de los recursos disponibles para la toma de decisiones; pervive, antes que otra cosa, una cuestión de orden ontológico que tiene como resultado un

discurso sobre lo que se considera *correcto*. Pensar en términos políticos implica necesariamente la consideración de esos discursos concurrentes y sus correspondientes correlatos. Asumiendo *lo otro* como correlato de *lo propio*, y *lo deseable* como correlato de *lo correcto*, ¿cómo interpretar los resultados de un proceso de elección racional cuando éstos responden a una lógica distinta a la esperada? Más aún, ¿cuál puede haber sido la secuencia o estrategia que pudo conducir a un resultado aparentemente *fortuito*?

La complejidad de asumir de manera tácita la elección racional en términos políticos, presenta dos aristas que no pueden dejar de considerarse; por un lado, está el sentido de las organizaciones como espacios de interacción esencialmente solidaria antes que meramente funcionales, y por otro, la propia naturaleza de las relaciones sociales como formas de intercambio simbólico antes que otra cosa. Según Norman Braun y Thomas Gautschi:

“Nach der Überzeugung klassischer Soziologen lassen sich viele Bereiche des menschlichen Zusammenlebens als Tauschvorgänge interpretieren. So argumentierte Georg Simmel (1900), dass die meisten Beziehungen zwischen Menschen als Tauschhandlungen gesehen werden können - nach Simmels Auffassung gilt dies keineswegs nur im Geschäftsleben, sondern auch für die Mehrzahl sozialer Beziehungen. Tauschdeutungen sind demnach nicht nur für wirtschaftliche Transaktionen sinnvoll, sondern z.B. auch für Augenkontakte, Gespräche, Kartenspiele und Verabredungen. Der Grundgedanke des

Tausches (Leistung und Erwidern im Sinne von Gegenseitigkeit) erscheint mithin als wesentliche Grundlage sozialer Interaktionen" (Braun, 2009: 404).

En este sentido, pensar la interacción social como intercambio antes que negociación, supone una perspectiva distinta sobre cómo se construyen los subsistemas políticos y las organizaciones derivadas de su funcionamiento y permanencia. Si asumimos *lo fortuito* como un correlato de *lo deseable*, el resultado en términos de gobernanza es una dimensión adicional al modelo; es decir, podríamos inferir que cualquier resultado inesperado no deriva del proceso de elección que se estudia, sino de la interacción entre agentes sociales ejerciendo su racionalidad desde una posición relativa correspondiente a otros entornos sistémicos.

3. Conclusiones

Desde lo comunicativo podemos pensar entonces en una contribución precisa al entendimiento sobre cómo lo multisistémico se construye de manera independiente a la racionalidad; partiendo de la premisa esencial de que los sujetos de la comunicación también atienden a una serie de recursos simbólicos disponibles a partir de su interacción con otros y de la significación de los entornos en los que se desenvuelven, podemos asumir que a lo que debemos atender, en primera instancia, es la función/significado de lo político en la construcción de lo social.

Retomando a Hagen, la solidaridad cumple una función que pocas veces consideramos como parte esencial en la conformación de grupos, organizaciones, y

en la propia institucionalidad de las diversas formas de mediación política. Esa solidaridad, que se construye en el eje mismo de la ponderación entre *lo propio* y *lo otro* para traducirse en el correlato de *lo deseable*, se complejiza si asumimos que la verdadera comunicación política (*lo correcto*) es aquella que está fundada en la noción del intercambio solidario. Pensemos, por ejemplo, en un escenario de desastre natural; ¿cuántos subsistemas resultan imbricados en la construcción de dicho escenario?, ¿cuántos de ellos implicarían un proceso de elección racional?, ¿cuántos pueden entrecruzarse atendiendo a la noción de solidaridad? Atendiendo a una mera cuestión de escala, aquellos subsistemas relacionados con el clima estarían, de entrada, ausentes de toda mediación política, aunque no necesariamente excluidos de los procesos de significación. Si enfrentáramos dicho escenario considerando distintos niveles de gobierno y su correspondiente interrelación con la población afectada, ¿cuál sería la escala real a partir de la cual debiéramos pensar en términos de solidaridad o gobernanza? Para Hagen

"When communication increases due to the development of new media of dissemination such as writing and printing, more people are drawn into communication, and the binding and bonding capacity of the present public deteriorates. A public of interacting persons is replaced by a mass-mediated public opinion. Power is no longer sufficient to ensure compliance from those below, since the people have become the prime source of power. However, a real or anticipated

increase in defection may now be addressed in communication as a lack of social integration or a failing solidarity" (Hagen, 2000: 37).

En estos términos, pensar la comunicación desde lo sistémico, como interacción y no como información disponible para la racionalidad, implicaría no sólo la construcción de procesos de comunicación política más solidarios, sino la apropiación de correlatos deseables más acordes con la significación colectiva de lo justo; es decir, aquello que se considera beneficioso para todos, y que por ende terminaría de reforzar el sentido colectivo de aquellas instancias de organización pensadas para regular la vida social.

Si bien lo anterior resulta aplicable a una escala local, ¿es posible pensar en términos solidarios en procesos de gobernanza y acción política a escala global? La respuesta estriba en que quizás el correlato de lo fortuito no se traduce necesariamente como algo indeseable en términos de comunicación política. La solidaridad no implica en términos reales que las diversas formas de mediación política deban ir encaminadas hacia objetivos únicos con posibilidades de respuesta establecidos en sentido lineal, sino el hecho de que los individuos puedan ejercer libremente su racionalidad en función de lo que consideran *correcto* para sus comunidades. Esta apuesta por *lo fortuito* en detrimento de *lo deseable* desde las esferas del poder o los objetivos institucionales no implica, tampoco, que el resultado de la elección racional no sea correcto. En este sentido, las nuevas formas de mediación política, particularmente a escala global, deberían considerar el hecho de que *lo fortuito* puede

resultar más eficiente en términos de racionalidad para el subsistema a partir del cual se construyen los procesos de elección. Respecto a la interactividad en los servicios informativos, Steven Johnson se cuestiona:

*“¿Cuál es el riesgo de ir hacia un mundo donde todos nuestros medios de comunicación respondan directamente a la retroalimentación del usuario? Algunos críticos como Andrew Shapiro en *The Control Revolution* se preocupan por la tiranía de la personalización del usuario, como en la vieja visión de Nicholas Negroponte de *Daily Me*, el diario online hecho a la medida del usuario y sus intereses, hasta tal punto que carece de la capacidad de sorprender, característica de los periódicos tradicionales”* (Johnson, 2003: 143).

Cuando un sistema político, o peor aún, cuando el conjunto de subsistemas que posibilitan el intercambio desde lo político, no pueden garantizar la libre elección individual por encima de la institucionalidad o las concepciones tradicionales de gobernabilidad y gobernanza, asistimos a una ponderación de las estructuras por sobre las funciones, de los efectos deseados por sobre las acciones públicas y colectivas, y al claro funcionamiento sobre la validez social del propio sistema. Si observamos las tendencias organizacionales de lo político a nivel global durante los últimos diez años, podemos darnos cuenta de que a mayor escala las estructuras de poder tienden a diluirse para dar paso a formas de organización, acción y proyección más pequeñas, independientes y solidarias. De manera paralela al empoderamiento de

las Organizaciones No Gubernamentales a nivel mundial, hemos asistido a la conformación de una nueva democracia estrechamente ligada al uso de las tecnologías de información y comunicación, por lo que al hablar del papel político de las redes sociales no estamos haciendo otra cosa que recapitular una serie de procesos que se han venido construyendo desde hace casi dos décadas. De acuerdo con Jessica Mathews:

“Technology is fundamental to NGOs new clout. The nonprofit Association for Progressive Communications provides 50,000 NGOs in 133 countries access to the tens of millions of Internet users for the price of a local call. The dramatically lower costs of international communication have altered NGOs goals and changed international outcomes. Within hours of the first gunshots of the Chiapas rebellion in southern Mexico in January 1994, for example, the Internet swarmed with messages from human rights activists. The worldwide media attention they and their groups focused on Chiapas, along with the influx of rights activists to the area, sharply limited the Mexican government's response” (Mathews, 2004: 206).

Dicha limitación en la capacidad de respuesta de los gobiernos, seguida del empoderamiento de formas emergentes de organización política, y un papel cada vez mayor de la racionalidad individual en los procesos, podría sugerir que muchos de los que solemos definir como problemas de gobernanza tal

vez deberían comenzar a ubicarse en el plano de *lo deseable* y no de *lo fortuito*. Considerando los nuevos entrecruzamientos entre los subsistemas tecnológicos y políticos, podemos afirmar que existe la posibilidad de comenzar a definir nuevas formas de participación más eficientes, pero también más solidarias y comprometidas.

El doble juego de la comunicación, tanto en términos instrumentales y de información, como a nivel de reflexión sobre los intercambios posibles, puede contribuir de manera efectiva en la consolidación de un pleno ejercicio solidario de la racionalidad, al tiempo que posibilite procesos de interacción fundamentados en la función de su significado y no en la validez institucional de sus estructuras.

4. Bibliografía

BOURDIEU, Pierre (1997): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama. Barcelona.

BRAUN, Norman Braun & Thomas Gautschi (2009): 2009: Soziale Netzwerke und Rational Choice en *Soziale Systeme* (Heft 2, No. 15) Lucius & Lucius, Stuttgart.

HAGEN, Roar: (2000): 2000: Rational Solidarity and Functional Differentiation en *Acta Sociologica* (Vol. 43, No. 1) Sage Publications, London.

HEWIG, Johannes et. al.: (2011): Why humans deviate from rational choice en *Psychophysiology* (No. 48) Wiley Periodicals, Malden.

JOHNSON, Steven (2003): *Sistemas emergentes. O qué tienen en común hormigas, neuronas, ciudades y software*. Fondo de Cultura Económica, México.

MATHEWS, Jessica T. (2004): Power Shift, en HELD, David & Anthony McGrew: *The Global Transformations Reader. An Introduction to the Globalization Debate*. Polity, Cambridge.

McCLENNEN, Edward F.: (2010): 2010: Rational Choice and

Moral Theory en *Ethical Theory and Moral Practice* (Vol. 13, No. 5, November 2010) Springer, Netherlands.

ROSENAU, James (2004): *Governance in a New Global Order*, en HELD, David & Anthony McGrew: *The Global Transformations Reader. An Introduction to the Globalization Debate*. Polity, Cambridge.